

LOS CONQUISTADORES DE LA ANTÁRTIDA, de *Francisco Coloane*.—
Colección Ulises de la Edit. Zig-Zag

El autor de «Cabo de Hornos», «El último Grumete de la Baquedano», etc., atrae ahora nuestro interés con este apasionante relato, «Los Conquistadores de la Antártida», ágil novela de aventura marítima, orientada hacia los misterios de la vida subpolar. En los libros anteriores, el autor nos había dado versiones dramáticas del hombre de mar y asimismo, de la naturaleza bravía en nuestro océano austral y en las tierras que lo definen. La literatura chilena, escasa en temas marinos no obstante la realidad de una costa soberbia y en ésta de una población de magnífica historia, se ha enriquecido de golpe con los aciertos narrativos de Coloane, que si bien no aportan excelencias de estilo a la prosa criolla, entregan abundantes cargas de una vida fuerte, penetrante, que habrá de minar el estatismo y las blandas sutilezas de una rutina literaria maleada por el extranjerismo y el afeminamiento. Por excepción, los premios literarios que Coloane ha recibido son merecidos, al revés de lo que ha estado sucediendo en Chile desde muchos años acá, en que las recompensas se dan a cambio de compromisos y otras misérias del tráfico intelectual. Como en otras obras del autor, podríamos aquí señalar la vehemencia impresionante con que se mueve esta naturaleza austral frente al hombre, acerado en una voluntad apuntada hacia las decisiones trágicas. Para quien no ha salido de las cuatro paredes de un cuarto santiaguino, la brava naturaleza volcada en «los Conquistadores de la Antártida» o en los otros libros mencionados, es de un salvajismo intolerable y trulento que mueve a náuseas y exaspera la neurosis. Desde luego recomendamos su lectura dosificada a estos sedentarios, y en tragos largos a los hombres de acción integral. El extraordinario hechizo del relato y la vigorosa radiación de los hechos valen

por el mejor estimulante natural, como el tónico generoso administrado en un organismo endeble.

La aventura que Ulloa, el héroe central y su compañero Alejandro—el recordado grumete de «La Baquedano», alientan en su alma soñadora y robusta, se va abriendo a grandes espacios, entre sacudidas y tropiezos propios de la vida libre en que los elementos se conjugan con un ritmo sorpresivo y escalofriante. Una pequeña y airosa embarcación, el «Agamaca», tripulada por unos pocos audaces, es el pequeño mundo flotante, donde se genera el próximo drama. Regiones desconocidas que revelan una fauna extraordinaria en tierra y mar, y muchas otras riquezas de todo orden, surgen al paso del barquichuelo. Las regiones heladas están a la vista y los audaces continúan hasta que el «Agamaca» se encuentra un mal día en un canal o angostura, entre dos gigantescos bloques de hielo. «Un rato después los hielos empezaron a apretar el casco y el cúter empezó a crujir» . . .

Los tipos, Ulloa, Alejandro, el Jefe Blanco, el indio yagán Félix, alcanzan presencia casi sobrenatural en las alternativas de la acción y aún en el descanso. Las fuerzas de la naturaleza en reposo se adivinan latentes y temibles y la vida de aquellas regiones tiene proyecciones y luces escalofriantes. «Millares de lucecillas azules, rojas, y verdes nadaban entre dos aguas, encandilando la vista. Al principio creyó que eran noctilucas o los reflejos de esa luna tan roja que se descomponía debajo de las aguas de otros matices: pero luego comprendió que se trataba de un extenso y tupido cardumen de peces luminosos».

Esta novela de acción tiene, como corresponde, un paso raudo y un sabor penetrante que nos empuja a devorar páginas en sed de revelaciones. La riqueza en el detalle preciso revela el don de observación y traduce el libro en una acabada lección de geografía física, humana y animal, necesaria a chicos y grandes. Tales aciertos nos hacen olvidar a veces el recuerdo magní-

fico de un London y quizás de un Conrad, cuyos grandes planos novelescos y cuyos tipos imborrables han dejado una indudable influencia en la obra de nuestro autor.



LOS MUCHACHOS DE LA CALLE PAUL, de *Ferenc Molnar*.—Colección Ulises de la Edit. Zig-Zag.

Evidente acierto el haber escogido esta encantadora novela de la vida de muchachos de ciudad para esta colección destinada a los jóvenes, y que puede entrar holgadamente en el mundo del lector adulto. Tal es la abundancia de elementos emotivos, la luminosa observación de almas y ambientes y la natural hilvanación de los momentos que habrán de crear la atmósfera de los sucesos capitales. Una vieja ciudad húngara, que bien pudiera ser cualquiera ciudad chilena o italiana y sus arrabales descuidados, recoge en sus rincones evocadores—un castillo en ruinas, un parque, una laguna, algún terreno inculto—, la vida tumultuosa y fantástica de dos bandas de muchachos. ¿En qué parte del mundo no sucede esto? ¿Qué adulto no recuerda la tremenda emoción de aquellas asonadas infantiles en que estaban comprometidos el «honor» y la «hombría» de los muchachos de todo un barrio o simplemente de una calle, como en «Los muchachos de la calle Paul»? La vida adulta con su gravedad esencial y su tragedia encubierta, sus alegrías ahogadas en la tempestad de la lucha, encuentra en estas escenas del libro la razón arrobadora, el arranque de los días futuros y sin duda pensamos que si no hubiéramos sido «niños de la calle tal o cual» hoy llevaríamos dentro un montón de algas muertas y de cobardías inefables. En aquellos días encontramos al héroe—quizás lo fuimos nosotros mismos—con su expresión magnífica y sus flúidos incitadores: el valor, la nobleza, la inteligencia, el orgullo. También tuvimos entre los nuestros, escondido, al tipo endeble.